

## Como un sueño se hizo realidad

Era un día muy esperado para todos. Cada uno tenía sus razones: algunos querían ver el primer submarino, otros querían ver como éste fracasaba y yo, hacer realidad mi sueño.

Había sido una dura tarea llegar hasta donde nos encontrábamos. Primero tuve que investigar mucho, fui a bibliotecas, leí muchos libros y miré dibujos. Hasta que una noche soñé que iba dentro de un pez de madera y estaba en medio del océano, podía ver los peces de todos los colores imaginables y los colores de un rojo vivo que contrastaba con el azul celeste del agua del mar. Yo estaba dentro de ese inmenso pez, observando todo eso desde una ventanita redonda que había en uno de los lados. En realidad, no era muy grande: cabían tres personas, cuatro si nos apretábamos. Con gran esfuerzo me aparté de la pequeña ventana para observar el resto del habitáculo donde me hallaba y, para mi sorpresa, no estaba solo. Habían dos hombres fuertes y robustos haciendo girar lo que parecía un timón, supuse que era para mover el pez de madera.

De repente todo se volvió negro, me asusté. Y, sin saber cómo, me encontré en mi casa, en mi cama deshecha y sudando. ¿Qué era lo que había soñado? ¿Podría servir para lo que estaba investigando o la imaginación me estaba jugando una mala pasada otra vez? No lo sabía y, la verdad, tampoco me importaba. Me levanté de golpe, no quería olvidarme de ese sueño, de ese pez de madera como otras veces me había pasado.

Cogí lápiz y papel y comencé a dibujar.

Empezó a salir el sol, deberían ser las siete de la mañana. Me noté cansado, me sentí de cartón. Necesitaba descansar. Había estado dibujando toda la noche, ya no se me iba a olvidar el sueño. Además, tenía por dónde empezar.

Después de descansar fui a comer algo, me rugía tanto el estómago que parecía un león. Fui a la cocina, cogí lo primero que encontré y me lo comí rápido, casi sin respirar. No quería retrasarlo más, necesitaba ponerme a diseñar ese extraño pez de mi sueño. Y eso hice.

Perdí la noción del tiempo. Bien, bien no sé cuantas horas, días o semanas estuve dibujando, calculando y acotándolo todo. Pero estuve satisfecho, satisfecho de verdad.

Lo que no pensé hasta más tarde es quién iba a pagar todo eso. Mmm... eso sería un problema. A mi familia no le sobraba el dinero. Mi padre era fabricante de botas de vino y mi madre estaba todo el día en casa. Y yo no quería trabajar en el negocio de la familia. Así que me tuve que buscar la vida para que alguien me pagara el material.

Fui a presentar el proyecto a todos los hombres que me podrían ayudar. Sólo unos pocos me apoyaron, debo reconocer que no todos estaban cuerdos. Pero era suficiente con ese dinero.

Dos semanas después de mi sueño submarino teníamos todos los materiales y todos los hombres para poder hacer realidad un sueño que, hasta hacía unas semanas, parecía imposible.

Tuvimos muchos problemas en la construcción. Yo pensaba que me iba a dar algo. Las cosas se retrasaban, todo iba demasiado despacio, las horas se me hacían eternas. Yo sólo soñaba con ir debajo del mar, ver los peces de todos los colores imaginables, ver el coral de un rojo vivo contrastando con el azul celeste del mar, los rayos del sol atravesando el agua... Llegó un momento en que creí volverme loco. Pero las cosas, día a día, se fueron poniendo en su lugar, cada día se trabajaba mejor y se hacían menos imperfecciones.

Cuatro meses después el Ictíneo, sí, le puse así a mi pez de madera, ya estaba terminado del todo. ¡Creía que volaba de la felicidad que sentía! Increíble: mi sueño, un sueño loco y sin sentido, se hacía realidad. Los que iban a buscar coral no se tendrían que jugar más la vida.

Septiembre. Cinco meses trabajando duro y, por fin, nuestro esfuerzo, mi esfuerzo daría fruto dentro de una semana. ¡Sólo una semana!

No dormí, no podía. Estaba histérico. Cada vez quedaba menos. Pero tenía que dormir... Quedaría muy mal que el día de la presentación estuviera yo ojeroso y adormilado.

Eran las siete de la mañana, había dormido sólo cuatro horas. ¿Sería suficiente? Esperaba que sí.

Había llegado el día esperado. ¡Madre mía, que nervios! El puerto de Barcelona estaba más lleno que nunca, no cabía ni un alfiler. El Ictíneo aún no estaba, de eso se encargaban los hombres que lo construyeron. Recuerdo que me dijeron: “Narcís, usted no se preocupe. El Ictíneo estará aquí para su inauguración”. Me fiaba de ellos, ¿por qué no lo iba a hacer? Pero notaba que mi confianza se iba esfumando a medida que los minutos pasaban y que ésta era reemplazada por la angustia.

Con media hora de retraso, problemas con el transporte, el Ictíneo llegó y sin ningún rasguño, entero, perfecto. Lo bueno se hacía esperar, ¿no? Todo el mundo lo miraba con los ojos como platos cuando pasaba por delante de ellos, alucinaban. Tampoco me extrañaba para nada. ¿Dónde se había visto un monstruo como ese?

Metieron el pez de madera, mi pez, en el agua del puerto. Dudo que allí viéramos algo muy interesante pero menos dan dos piedras, como dicen.

Me iban a acompañar dos hombres para conducir el Ictíneo. Me hizo gracia: se parecían a los dos hombres que estaban conmigo en el sueño.

Saltamos dentro del submarino. Nos tendrían que haber visto. ¡Hacíamos unas caras! Estábamos asombrados, maravillados, esperanzados, nerviosos... ¿Cómo describir ese momento? Dentro hacía bochorno, mucho bochorno. En medio había el timón, también tres ventanitas redondas, dos a los lados y una más grande delante; a la derecha estaba la escalera para entrar y salir del Ictíneo.

Empezamos a sumergirnos dentro del agua medio estancada del puerto de Barcelona, el habitáculo empezó a oscurecerse. Nos sonreímos los tres. Yo aún me lo creía.

Comenzaron a pasar los minutos y allí cada vez hacía más calor. Iba pasando el tiempo y empezaba a costarme respirar pero el Ictíneo parecía soportar la presión a esa profundidad. Tenía que apurar hasta el máximo, podríamos lograrlo.

Llevábamos dieciocho minutos allí metidos y, aunque la felicidad que sentía por haberlo conseguido era inmensa, tenía muchas ganas de salir de allí dentro. Empezaba a ver que mi pez de madera no era tan perfecto como yo había creído... Con todo eso se sumó la decepción.

Di la orden de emerger porque ya no había suficiente oxígeno para los tres. Los otros dos hombres parecían satisfechos... yo no tanto. Al salir todo el mundo nos aplaudió y silbó, estaban esperanzados con ese proyecto tanto como yo antes de subirme en él.

Pero aunque no hubiera salido bien, lo volvería a intentar y supe que la próxima vez me saldría mejor, lo sabía.